

CLUB DEL MISTERIO

E. B. RONALD



ASESINATO POR PODER

— 28 —

El marido de Verónica Hedley había desaparecido. Ni su bella secretaria, ni ninguna de las muchas personas a quienes estaba vinculado sabía dar razón de su paradero.

Verónica esperó vanamente su regreso. Cuando se decidió a llamar a Rupert Bradley para que la ayudara a encontrarle, éste pensó que ya era un poco tarde. Esa sospecha se vio ampliamente confirmada cuando visitó la oficina de Hedley y se encontró allí con un cadáver. Desde ese momento, la vida de Rupert Bradley se convirtió en una loca carrera por llegar antes que la policía a cada uno de los sitios marcados en su agenda. En esta carrera –pronto convertida en cacería– la secretaria de Hedley era unas veces la liebre, y otras el lebre.

El recordado autor de *Los Crímenes del Gato y el Violín* nos da una muestra más de su fértil imaginación y su capacidad para intrigarnos.

Orden de aparición *de los personajes*

Mister Bradley, un detective bastante cabeza dura.

Verónica Hedley, una esposa atractiva, aunque preocupada.

Miss White, una secretaria tan atenta cuanto discreta.

Inspector Marshall, un policía destiladamente respetuoso.

Mister Hedley, su desaparición da origen a este libro.

Sargento Fleming, otro policía, más modesto que su superior.

Carmichael Cordage, comparte la preocupación de su hermana Verónica.

Carole Cordage, esposa de Carmichael. Comparte su preocupación por otras razones.

Bobbie Hedley, es la probable huerfanita.

Mister Chalmers, su éxito en los negocios no le ha traído serenidad.

Mister Walsh, este sí es tranquilo.

Peggy Hedley, la curiosa hermana del señor Hedley.

Steve Crane Radcliffe, un empleado inquisitivo de una desconfiada compañía de seguros.

Capítulo primero

Elgar era lo que la B. B. C. llamaba «el compositor de la semana», y yo estaba escuchando parte de su Primera Sinfonía, grabada por la Filarmónica de Londres dirigida por Boult, cuando sonó el teléfono. Dejé mi taza de café, bajé el volumen de la radio, tomé el auricular y di mi número.

—¿Hablo con *Mr. Bradley*? —la voz, desde el otro extremo, parecía más un ruego que una pregunta. Era una voz que se las arreglaba para sonar entre temblorosa y aliviada al mismo tiempo, y que hizo que me sintiera en la situación de una roca a la que hay que trepar en medio de una tormenta, un refugio para los males de un mundo incomprendible—. ¿Está *Mr. Bradley*, por favor? —repitió la voz. Llegué a la conclusión de que debía de ser lo que había de Brahms en Elgar lo que me hacía experimentar aquellas sensaciones.

—Bradley habla —dije.

—¡Oh, gracias a Dios! —y llegué hasta a escuchar el suspiro de alivio.

—¿En qué puedo servirla?

—Llamé a su oficina, pero no contestaban —dijo.

—Apenas si son más de las diez, y anoche estuve levantado hasta tarde. ¿La conozco a usted? —y la voz, indecisa, dijo que no.

—Entonces me imagino que querrá que me ocupe de algún asunto suyo. ¿Alguien me recomendó a usted o simplemente tomó mi nombre de la guía?

–Vi su anuncio en la columna de avisos clasificados. Yo... quisiera hablar con usted de un asunto confidencial; ¿puedo ir a verlo?

–Por supuesto –dije–. ¿Cuándo desea venir?

–Esta mañana... si puede recibirme –dijo, rogando.

–¿Le parece bien a las once? –pregunté.

–¡Oh, gracias! –dijo ella, como si esperara que un detective particular fuera tan difícil de conseguir como un automóvil a precio de lista.

–Entonces, en mi oficina, a las once –dije.

–Oh, creo que no le he dado mi nombre, ¿verdad?

–Tráigamelo cuando venga a las once –dije y colgué el tubo. Volví a llenar mi taza de café y oí el final de Elgar. El programa terminó a las diez y quince. Dejé la mesa como estaba, para que la limpiara la mujer que llegaba a las once y media y se iba a las doce, me cobraba cincuenta cheelines a la semana y valía lo que cobraba. A través de la ventana del dormitorio miré al blanco cielo de comienzos de invierno y llegué a la conclusión de que el pronóstico de «frío pero seco» era posible que resultara acertado, para variar. Había tomado una ducha y me había afeitado al levantarme, de modo que pronto estuve vestido.

Eran las diez y media cuando pisé el pavimento de la calle vestido con un Burberry gris de media estación encima de un traje de *tweed* otoñal. No había viento, pero el aire, inmóvil, entraba frío por las fosas nasales y penetraba hasta el fondo de los pulmones. Un hermoso y saludable día de diciembre; Navidad estaba a menos de una quincena y una atmósfera de buena voluntad alcanzaba hasta el pavimento del Charing Cross Road.

Anduve rápido y llegué a mi oficina, situada en el segundo piso de una casa mayorista de muebles de Tottenham Court Road, a eso de las diez y cuarenta y cinco. Había tres sobres en el buzón de la puerta; todas circulares. Una de ellas se refería a un nuevo dictáfono llamado Phonoscribe, que hacía todo lo imaginable, menos la lim-

pieza una vez terminado el dictado. A un costo no superior a ciento cincuenta libras esterlinas podía yo obtener dos flamantes máquinas: una para dictar y la otra para que repitiera el dictado. Yo escribo unas dos cartas por mes y las escribo a máquina, personalmente. Tiré la circular, junto con las otras, al canasto de los papeles. Luego arranqué las diez hojas que se habían acumulado en el almanaque, desde la última vez que lo había mirado; levanté la hoja de la ventana unas dos pulgadas, arrastré la silla para los visitantes desde el costado del armario vacío destinado a los biblioratos, que había comprado en un arranque de optimismo, hasta un metro más o menos del costado del escritorio; una vez allí lo di vuelta hacia el lado derecho. Finalmente hice amagos de limpieza con un plumero.

Dos minutos antes de las once se oyó el ruido de leves pasos que subían por la estrecha escalera de la entrada lateral; se detuvieron frente a la puerta de la oficina. Hubo un par de golpecitos moderados sobre el vidrio alambreado de la puerta.

—¡Adelante! —dije, y me puse de pie. El volumen de mi voz en la habitación vacía me tomó de sorpresa.

Medía ella unos cinco pies y siete pulgadas, considerando los tacos de sus zapatos marrones; era morena; no era delgada, pero tampoco gorda; llevaba un abrigo castaño oscuro de castor canadiense que la cubría hasta la altura de la cadera, debajo del cual continuaba una falda gris con aplicaciones rojo oscuro. Su hermoso cabello castaño dejaba totalmente despejada la frente gracias a un pañuelo rojo vivo, enrollado y anudado tras las orejas. Su barbilla era diminuta y cuadrada; las cejas naturales, bien dibujadas. Me pareció que debía de tener unos treinta y dos años. La mano derecha, enguantada en rojo, descansaba sobre un bolso de cuero marrón, que colgaba del hombro mediante una delgada correa; tenía la mano izquierda metida en el bolsillo del abrigo. Sonrió levemente.

te, se pasó la punta de la lengua por los labios, levantó la barbilla y preguntó:

–¿Mr. Bradley?

–Así es –dije. Ella me tendió la mano.

–Soy Verónica Hedley; *Mrs.* Verónica Hedley. Esta mañana lo llamé por teléfono para una entrevista. ¿Cómo está usted? –Debajo de la piel de Suecia de su guante se sentía la firmeza de la mano; la mantuvo tranquilamente en la mía durante unos dos segundos, ejerciendo solamente la presión requerida para contrarrestar la mía y proporcionando ese mismo sentimiento de confianza que había experimentado yo por teléfono una hora antes. Le indiqué con un ademán que se sentara. Mientras se acomodaba se las arregló para parecer atemorizada y valiente al mismo tiempo.

–Me imagino que querrá usted ir directamente al asunto –le dije–, pero tal vez se sienta más cómoda si primero le digo yo algo sobre mi persona.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. Llegué a la conclusión de que poco le importaba lo que le iba a decir, si es que ello iba a proporcionarle un minuto o dos de respiro.

–Tarde o temprano –le dije–, me preguntará usted si soy norteamericano, de modo que para que se olvide de eso desde ya le digo que no lo soy. Los acentos son cosa curiosa: hable usted cinco minutos con un irlandés y se dará cuenta de que ya tiene algo de irlandés. Yo trabajé en Estados Unidos más de tres años, aprendí bastante sobre mi oficio allí, y se me pegó algo del acento. En este negocio a veces resulta una ventaja. Habitualmente, me las arreglo para que me entiendan y el hacer que lo que dice la gente tenga sentido es parte de mi tarea. La otra parte de mi actividad consiste en meter la nariz en los asuntos ajenos... al menos mientras me paguen por hacerlo. Con todo lo cual llegamos a esto: ¿en qué puedo servirle?

A mi pregunta respondió mirando el bolso que tenía sobre la falda. Después de un instante volvió a levantar la barbilla y dijo:

–Es... es... sobre mi esposo.

–¿Qué ocurre con su esposo?

–No ha aparecido por casa desde el viernes pasado. No dijo que pensara ir a ninguna parte y estoy preocupada.

Ese día era miércoles.

–Ya lo veo. ¿De qué se ocupa su esposo?

–Es asesor comercial: aconseja a fabricantes y otra gente respecto de las condiciones del mercado y cosas por el estilo. A veces tiene que viajar fuera de la ciudad, pero siempre me lo hace saber por anticipado.

–¿Y dónde cree usted que está? –pregunté.

Ella se mostró intrigada.

–No tengo idea. Si lo supiera no habría venido a verlo a usted, ¿no le parece?

–Podría haber venido lo mismo. ¿Cree usted que él está con alguien?

–Con alguien –repitió ella–... Le he dicho a usted...

Entonces se ruborizó y yo esperé lo que iba a decirme luego. Ella levantó su barbilla resueltamente y volví a compadecerla.

–Creo que usted me ha entendido mal. No deseo divorciarme de mi esposo. Tenemos una hija de seis años y somos muy felices. Pero ha estado ausente de casa durante cinco noches y no he tenido noticia alguna de él. He venido a verlo a usted para que intente encontrarlo. Sí cree que no puede acceder a mi pedido dígalos y no lo molestaré más.

Mientras hablaba se había echado un poco hacia adelante y su color crecía de tono con cada frase. Entonces se echó hacia atrás en el asiento y me miró directamente al rostro con expresión de enojo en sus ojos.

—¡Un momento, señora! —dije, mientras sacaba la pipa y la tabaquera del bolsillo—. El venir aquí fue idea suya, no mía ¿recuerda? —dejé caer tabaco en la palma de mi mano izquierda—. No puedo ofrecerle un cigarrillo porque no los fumo. No somos muy sociables en este negocio. En mi departamento tengo algunos para los amigos.

Ella respiraba con rapidez y el color fue desapareciendo de su rostro. Abrió el bolso y sacó una cigarrera con ribetes de oro. Los dedos le temblaban al sostener el cigarrillo para que yo se lo encendiera. Hizo una profunda aspiración y exhaló el humo con fuerza a través de los labios apretados. Yo le dije:

—Usted quiere que yo haga algo por usted; antes de decirle si puedo o no ayudarla, necesito que me conteste algunas preguntas. Si no desea responder, entonces no tiene por qué quedarse.

—Le diré todo cuanto pueda —contestó ella después de una pausa.

—Puede que eso no sea suficiente —señalé yo—. Es posible que usted considere que no *puede* decirme todo cuanto yo necesito saber —hice una pausa para arrimar otro fósforo a la pipa. Ella volvió a mirar el bolso—. Por ejemplo, ¿por qué vino a verme a mí en vez de dirigirse a la policía? —Ella aspiró largamente su cigarrillo antes de contestar.

—La policía tiene muchas cosas que hacer...

—También tiene a muchos hombres para que las hagan —dije—. Se especializan en seguir los rastros de esposos, esposas, niños, perros, y cualquier otra cosa que se pierda. Todo cuanto usted tiene que hacer es entrar en una comisaría y decirles el resto.

—Eso significaría demasiada alharaca; podría perjudicar los negocios de mi marido. Hasta usted sospechó, al menos así me pareció, que mi esposo había escapado con otra mujer. Mi esposo se enojaría mucho si algo semejante apareciera en los diarios. Por eso es por lo que yo quería

que alguien se ocupara del asunto confidencialmente. Su aviso decía...

—Ya sé lo que decía mi aviso —la interrumpí—. Lo he pagado a razón de seis chelines la línea, cada uno de los días de la semana pasada.

Los negocios no andaban muy brillantemente que digamos y pensé que un discreto anuncio en la columna de avisos clasificados no haría daño. Ahora no estoy tan seguro. Siempre ocurre lo mismo hasta que uno lo puede comprobar.

—Volvamos a mis preguntas —sugerí—. La policía no da publicidad a sus actividades ni a las de nadie a menos que sea con un propósito. De modo que si eso es todo cuanto le preocupa, puede ahorrarse el dinero y hacer que la policía investigue gratuitamente el paradero de *Mr. Hedley*.

—Estoy dispuesta a pagar lo que usted diga...

—Ya llegaremos a eso —dije yo. Exhalé humo de un modo que me pareció pudiera ser gesto conciliatorio—. Miremos esto desde otro punto de vista. Usted está segura de que si su esposo hubiera partido en un viaje común, se lo habría hecho saber... ya sea de antemano o, no pudiendo haberlo hecho así, en la suposición de que hubiera tenido que ir a alguna parte de improviso, inmediatamente después.

—De eso estoy segura. Philip, mi esposo, prometió conseguir entradas para la función del circo en esta semana y sabía que Bobbie estaba ansiosa por ir. Bobbie es nuestra hijita; su nombre es Roberta, pero la llamamos Bobbie; esta mañana está con la hermana de mi esposo; hoy tiene día franco, para hacer las compras de Navidad. Además, la secretaria de mi esposo no ha tenido noticias de él... al menos dice que no las ha tenido.

—¿Qué quiere decir eso de que «dice» que no las ha tenido?

Ella sonrió secamente, y yo pensé en lo hermosa que sería riendo en forma adecuada.

—Nada siniestro. Simplemente que *Miss White* interpreta su cargo de secretaria privada en forma muy literal; considera los negocios de mi esposo como asuntos personales suyos y no cuenta nada a nadie. Creo que, en cierto modo, tiene razón.

—¿Quiere decir que si ella supiera dónde está su esposo, no se lo diría a usted?

—No lo haría si pensara que no era asunto mío el saberlo... Con esto quiero decir: si eso afectara solamente los asuntos de mi esposo. Después de todo, alguien puede estar escuchando la conversación telefónica y gran parte de los negocios de mi esposo son confidenciales, como podrá usted imaginar. No es cuestión de darle un indicio a un fabricante rival sobre lo que piensa alguno de los clientes de mi esposo.

—Ya veo. Y la lealtad es muy buena en ese sentido, pero usted habrá ido probablemente a ver a *Miss... ¿White*, dijo usted...? después del viernes de la semana pasada.

—Por supuesto. No me pareció que se mostrara evasiva esta vez; en realidad no sabe dónde está mi esposo. A decir verdad, ella misma parece preocupada. Le he dicho que continúe como si él hubiera salido en viaje de negocios, y que en dos o más días seguramente se pondría en comunicación con ella. Pero cinco días es mucho tiempo; ¡aún si no hubiera podido telefonar, podría a estas horas haber enviado un telegrama o una carta!

Aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—¿No hay nadie más en la oficina que pueda saber algo? Ella golpeó los guantes contra la palma de la mano.

—No. Él atiende la oficina solo. Está únicamente *Miss White*. Todo cuanto vende mi esposo son conocimientos. Estudió economía en la L. S. E. y obtuvo un buen diploma; ha viajado mucho y puede anticipar las tendencias del mercado con sorprendente exactitud. El mes pasado envió un trabajo a la Sociedad Estadística sobre la selección de muestras para el análisis de los artículos de consumo.

Me pareció recordar que el Dr. Kinsey había hecho algo sobre eso. *Mrs. Hedley* estaba diciendo:

–De modo que ya ve que no necesita muchos empleados. Algunas veces pensó en asociar a otros a su negocio, pero ha organizado sus asuntos sobre una base personal y prefiere mantenerlos en ese terreno.

–¿Es socio de algún club?

–El Junior Army and Navy y el de los Travellers... pero tampoco allí saben a dónde ha ido. Llamé por teléfono esta mañana temprano.

Yo no había oído decir que los porteros nocturnos de los clubs de Londres fueran famosos por sus indiscreciones, pero lo dejé pasar.

–¡Simplemente no puedo imaginarme qué puede haberle ocurrido!

Sacó un cigarrillo de la cigarrera. Se lo encendí y puse el fósforo en mi pipa, si bien no hacía falta.

–¿De modo que usted cree que algo debe de haberle sucedido a su esposo? –pregunté—. ¿Qué es lo que cree que puede haber ocurrido?

Fumó con fruición y sacudió el cigarrillo delante de ella. –En realidad, no lo sé. Simplemente que se ha ido...– Hace cinco días –la interrumpí–, y no ha tenido más noticias de él –ella asintió–. Supongo que su esposo llevará consigo algún documento de identidad; si hubiera sufrido un accidente se habría sabido.

Golpeé mi pipa contra el cenicero y me incliné hacia ella por encima de la esquina del escritorio.

–Vuelvo a preguntarle nuevamente: ¿Por qué no ha hecho la denuncia a la policía?

–Yo... ya se lo dije...

–Usted me dijo muchas palabras; lo que yo quiero saber es la verdadera razón.

–Pero ya le dije... –Se interrumpió bruscamente, y yo seguí sentado mirándola. Al fin dejó caer sus hombros; al torcer la boca en un gesto de cansancio apareció un ho-

yuelo en su mejilla derecha—. Le diré todo lo que pueda; quiero decir, todo lo que sé —agregó rápidamente—. Mi esposo trae a menudo a casa grandes sumas de dinero, que según él, necesita para sus negocios; pero ya no estoy segura de que sea así. Le he preguntado al respecto, pero él asegura que no debo preocuparme por ello. ¡Como si eso ayudara en algo! Lo que quiero decir, *Mr. Bradley*, es que temo que mi esposo obtenga ese dinero por medios no legales.

—Eso suena algo mejor —concedí—. ¿Cree usted que su marido tiene algún negocio al margen de la ley y que ese medio de obtener el dinero que lleva a su casa pueda haberle fallado? —Ella asintió—. ¿Y a usted no le hace gracia ir a la policía en caso de que al fin de cuentas no haya ocurrido nada serio y que comiencen a hacer preguntas y usted sólo consiga ponerlo en aprietos a su esposo? ¡Muy bien! Para su tranquilidad quisiera aclararle que no me importa que su esposo asalte el Banco de Inglaterra todos los jueves a las siete; eso es un asunto que no me incumbe. Pero me gusta saber dónde están parados mis clientes y dónde estoy parado yo. El aviso dice investigaciones *confidenciales*, si es que usted lo recuerda; como su amiga, *Miss White*, tampoco yo le digo nada a nadie, pero no me venga con el relato habitual de la esposa preocupada si quiere que trabaje para usted.

—Pero yo *estoy* preocupada; si no ¿por qué vendría en busca de ayuda?

Había una cantidad de respuestas para esa pregunta, pero parecía que ella estuviera diciendo realmente la verdad, en la medida en que la conocía. Supongo que aún en esta época y a esta edad es todavía posible que una esposa no conozca los negocios de su marido, al menos en su totalidad.

—¿En qué cree usted que anda su marido?

—No sé. Pienso que podría tratarse de juego. Hacía alrededor de tres semanas que no traía grandes sumas de

dinero a casa –noté que, fueran cuales fueran sus verdaderos sentimientos, hablaba del marido como parte de su presente–. Y últimamente estaba un poco raro.

–¿Raro?

–Distraído, nervioso, irritable.

–¿Asustado?

–Bueno... sí, un poco. Probablemente es una tontería, pero he tenido la impresión de que estaba lidiando con algo de lo cual no estaba muy seguro; que sentía que podría desembarazarse del asunto, pero a pesar de sí mismo estaba nervioso por el resultado.

–¿Como si hubiera apostado a un caballo más que lo que podía arriesgar? –sugerí.

–Sí, algo así.

–¿No tiene nada más concreto? –Ella sacudió la cabeza. Tuve la sensación de que me estaban tomando por tonto, pero la mirada confiada y temerosa de sus ojos hizo que siguiera adelante, al menos hasta ver con más claridad dónde estaba parado–. ¿Y cuándo vio por última vez a su esposo?

–El viernes pasado, a la mañana, cuando salió de casa. Alrededor de las nueve.

–¿Miss White lo vio el viernes?

–Sí. Me dijo que le dictó algunas cartas que luego firmó, se fue a almorzar a eso de las doce y media y no regresó. No lo ha visto desde entonces.

–¿Sabe si tenía consigo su pasaporte?

–No. Ya pensé en eso. Está en casa, en el escritorio.

Esto ya era algo.

Volví sobre el mismo asunto por diferentes caminos pero no conseguí nada nuevo. Por lo que me pareció, ella respondía con franqueza. Finalmente dije:

–Bueno, veré que es lo que puedo hacer, si ése es su deseo. Mis honorarios son siete peniques y diez chelines por día y los gastos.

Abrió el bolso, sacó una billetera y extrajo de ella cinco billetes de cinco libras esterlinas.

—Aquí tiene veinticinco libras como anticipo. Por favor, haga todo lo que pueda —me miró con insistencia a los ojos y sonrió amablemente, lo que me hizo recordar la imagen de inocencia herida que había imaginado durante la conversación telefónica—. Gracias por hablar con tanta franqueza. Sé que puedo confiar en su absoluta discreción.

—¿Por casualidad tiene usted una llave de la oficina de su esposo? Su amiga, *Miss White*, puede decidirse a tomar medio día franco al no andar el patrón por ahí, y para mí será muy útil echar un vistazo, si, como usted dice, confía en mí.

Ella pareció preocupada durante un instante; se encogió levemente de hombros y contrajo sus labios en un gesto que podía ser de autoreproche.

—Por supuesto —contestó. Tomó dos llaves, ambas Yale, unidas por un anillo del que pendía también una chapa con la dirección de una oficina de objetos perdidos y las colocó sobre el escritorio.

Le di un recibo por los cinco billetes de cinco, obtuve una descripción y una fotografía de *Mr. Hedley*, tomé nota de su dirección, del teléfono y de la oficina. Me dio la mano, se detuvo ante la puerta mientras se ponía los guantes y salió con una sonrisa forzada. Sin ella la oficina pareció solitaria. Me quedé sentado mirando la silla vacía del otro lado del escritorio, recordando el aspecto que tenía ella mientras sonreía. Llegué a la conclusión de que una frase de la Primera Sinfonía de Elgar revoloteaba en mi cabeza y que el ruido del tránsito de la hora del almuerzo, que ya había advertido antes, tenía un festivo tintineo. Si estaba siendo víctima de una fantasía, por lo menos hasta ese momento no era doloroso.

Había veinticinco libras en mi bolsillo, y todo cuanto tenía que hacer era encontrar un hombre del que nadie sa-